



El viaje de Pietro della Valle

El peregrino

(1586 – 1652)

I.2.05 – Constantinopla y Nápoles. Della Valle compara ambas ciudades...

a 25 de octubre de 1614

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 8-12-2023
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Del VIAJE DE PIETRO DELLA VALLE “El peregrino”

Primera parte

TURQUÍA



CARTA SEGUNDA (cont.)

I.2.05 – Constantinopla y Nápoles. Della Valle compara ambas ciudades...



**2ª CARTA desde
CONSTANTINOPLA
(entrega I.2.05)**

En la entrega anterior, la I.2.04, el Señor della Valle hacía un recorrido por los distintos vestigios de época bizantina y otomana, que aún se pueden visitar en Estambul, y medita consternado sobre la triste suerte de los hijos del sultán Amurates, ante los catafalcos que ocupan el interior de su mausoleo, y las creencias populares acerca de Hierina, la madre del sultán Muhammed el viejo, y de sus orígenes...

Hierina perseveró en el cristianismo hasta la muerte.

“... Bien podría ser que ese príncipe déspota de Serbia, del que salió esta dama, o su padre, o sus hermanos, o sus ancestros, cuando sus estados estaban en el esplendor, tuvieran algunas alianzas de sangre con la Casa de Francia, de donde procedería eso de que el Turco ha debido después mantener dichas alianzas con los Reyes de Francia; pero sea como sea, yo no sé nada, no tomándome la molestia de informarme sobre este parentesco entre franceses y turcos, ni de los asuntos particulares de estos. Sin perder tiempo en estas investigaciones hasta que pueda estar mejor informado, pasaré a otras materias, añadiendo únicamente a esto, que esta dama, madre del viejo Muhammed, aunque enterrada junto a su hijo, está fuera del patio y recinto de la mezquita, en un lugar profano, porque la consideraban infiel, al no haber querido abrazar la Ley de Mahoma, y haber perseverado constantemente y hasta su muerte en la Fe de Jesucristo; de modo que su sepulcro es una sencilla tumba, sin ninguna bóveda, ni ornamento alguno...”

Constantinopla y Nápoles. Della Valle compara ambas ciudades.

Quisiera acabar esta larga descripción, comentándoos que, aunque reconozco que Constantinopla y su situación la convierten en una de las ciudades más bellas del mundo, sin embargo, bien sea por mi particular afecto, o por alguna otra cosa, yo prefiero Nápoles por las siguientes razones: el aire dulce y templado de Nápoles, en Constantinopla es muy variable, y en un mismo día se pasa de un calor extremo a un frío glacial, más aún que en Roma. Aquí se padecen inviernos muy rigurosos, y unos veranos tan ardientes, que producen dolor de cabeza. Los vientos del norte, que en Roma y Nápoles son bastante saludables, aquí no lo son por traer los malos olores directamente del mar Negro, que borbotea a causa de la confluencia de tantos ríos como allí desembocan, y como todo el territorio entre Constantinopla y el mar Negro está unido, y hay pocos promontorios, pues los primeros lugares más altos que invaden estos vapores son las colinas de la ciudad, sobre las que se acumulan, haciendo que todas las tejas y sus canalones, parecidos a los de Roma, aparezcan siempre cubiertos de esa herrumbre amarillenta, o como quiera que se llame; un moho que en Italia es señal de un aire contaminado.

Las calles de Constantinopla casi siempre están sucias.

No cabe duda de que la peste que reina continuamente en Constantinopla, aunque el aire no se infecte por eso, sí que procede en parte de esta intemperie, así como del poco cuidado que se presta a la salubridad en muchos de sus aspectos; como el de permitir que se venda y coman en verano varias especies de pepinillos, así como diversas frutas antes de madurar; algo que, al mezclarse en el estómago con el agua, su bebida corriente, produce malos efectos; al igual que soportar que la mayoría de sus calles estén siempre muy sucias, por arrojar mil inmundicias que dejan pudrir allí en medio; esto antiguamente no sucedía, y tampoco lo haría hoy, si hubieran mantenido en buen estado la gran cloaca, que descendiendo en pendiente hasta el mar, servía de descarga general de las basuras de la ciudad, que se vaciaban por allí fácilmente, lo que mantenía las calles limpias; en cambio ahora no sirve para nada por culpa de la negligencia e ignorancia de los turcos, que han dejado que se arruine y se obstruya totalmente. En fin, que esta gente no pone remedio alguno para protegerse de la peste, ni toman precauciones de ningún tipo, ya que no solamente no se interesan por este asunto, sino que ni siquiera se cuidan de guardar la cuarentena; algo que antes sí se obligaba a los que llegaban del extranjero; tampoco airean sus muebles ni su ropa; sino que los propios vestidos y las mortajas que han servido para los que murieron de peste, se vuelven a vender en las plazas, en donde siempre hay una muchedumbre para adquirirlas y usarlas sin cuidado alguno. A buen seguro que por estas negligencias la peste se extiende y no se detiene, y si obraran de otro modo, esta enfermedad no les atacaría con tanta frecuencia, o se llegaría a extinguir hasta desaparecer. Así que, cómo se pueden comparar estos aires, siempre amenazantes de enfermedades, con la dulzura y calidad de los de Nápoles, con los que los cuerpos afligidos de cien dolencias encuentran curación, y adonde, el mismísimo Galeno enviaba desde lo más profundo de Grecia a numerosos enfermos para recuperar la salud, lo que ellos llamaban “tomar el aire de Stabia”.

No existe ninguna prevención para cuidarse de la peste.

El aire de Nápoles es incomparable.

La ciudad de Constantinopla no se puede comparar con la de Nápoles.

De entrada, las calles de Constantinopla son, tal y como ya he mencionado, incómodas y sin mantenimiento alguno, y podrían verse en mejor estado con poca inversión, si los turcos fueran menos negligentes. Estas calles no se pueden comparar con las de Nápoles, de tan buena factura pues, a pesar de que el terreno de la ciudad sea desigual hasta lo más alto de Pizzofalcone, que está bastante en cuesta, los carruajes pueden rodar por allí con tal facilidad, que bien pareciera que fueran por un camino todo llano. En cuanto a la situación, si la de Constantinopla tiene algunos sitios agradables, la de Nápoles también los posee y por todas partes; montes, llanuras, colinas, valles, y junto al mar, playas, escollos, acantilados, brazos de mar, islas; en fin, todo lo agradable que la naturaleza puede proporcionar a la vista de un panorama muy variado, tanto en la tierra, como en el mar, puede contemplarse a vista de

pájaro desde el palacio de Pizzofalcone, mirando a nuestro alrededor. En cambio, en los alrededores de Constantinopla no se puede ver una montaña igual a la de Somma, cerca de Nápoles, a no ser la del Monte Olimpo en Asia, pero que está a diez jornadas de distancia; tampoco se pueden contemplar por aquí paisajes tan llanos y amenos como el de Poggio-Reale, y el camino que conduce a Capua. En este mar de Constantinopla, desde la ciudad no se pueden ver las islas, a no ser que uno se vaya a mucha distancia; además de que, si bien en Posillipo, desde las ocho de la tarde en el mar ya no se ve el sol en alrededor de una milla, y se puede ir a pasear en barca y tomar el fresco, aquí, en cambio, todo está tan al descubierto y expuesto al sol, que en verano no se puede conseguir placer alguno sobre el agua, y menos aún en tierra, ni en la mayoría de las calles de la ciudad, que apenas dan sombra alguna por la poca altura de sus casas.

En este mar uno no se puede bañar agosto, y aún menos con seguridad, tanto por culpa de los enormes peces que tienen la mala costumbre de introducirse hasta el puerto y cerca de las orillas, en donde hay peligro para los que se atreven a nadar en esas aguas, y no como en el mar de Posillipo, porque en lugar de como sucede en el de Nápoles, en donde sus orillas son agradables y pobladas de hierbas olorosas que expanden



Posillipo en Nápoles.

su olor entre los roquedales y las aguas, las de aquí son muy sucias por culpa del vertido de las inmundicias de la ciudad que bajan al mar por todas partes, y generalmente se quedan bloqueadas a la entrada del puerto e, insinuándose hacia tierra, no queda un lugar libre de suciedad, cosa que lo convierte en un sitio muy desagradable y de pésimo olor; aparte de que aquí el agua no se puede ver jamás ni tan clara, ni tranquila como la de Posillipo, porque en verano parece que el continuo y vehemente flujo y reflujo que llega desde el Mar Negro a la Propóntida convierte el agua en una masa sucia y burbujeante, sobre la que flotan todo tipo de basuras, de modo que en el lugar más apacible del puerto, y en la mayor de las bonanzas, siempre

se ven flotando restos de porquería, y desde luego no se puede comparar ni remotamente con la tranquilidad de las aguas de Posillipo.

El Diván se reúne varias veces a la semana en Constantinopla.

Pero hablemos ahora de otras cosas. Un día en el que me hallaba en el Diván, que se reúne más de una vez a la semana, me acerqué hasta la Puerta del Serrallo para ver entrar por allí a los visires y a otros principales ministros del Estado que deben estar allí presentes, pues este Diván es su Consejo de Estado, como si dijéramos el Consistorio de Roma, y allí además no se tratan únicamente los asuntos que versan sobre los intereses del imperio, sino también los que conciernen a la justicia que debe administrarse a cualquier ciudadano. Todos estos ministros llegan a caballo con mucha pompa y fuertemente escoltados, más o menos como los cardenales van por Roma; pero tengo que reconocer, sin por ello faltar a los intereses de mi patria, que esta asamblea de Constantinopla es mucho más majestuosa, por el número y categoría de los que la componen, no solo porque todos visten hermosas ropas, según su

Los miembros del Consejo siempre se presentan con gran ceremonial.

cargo, sino también por unas escoltas de lo más suntuosas y ricas, lo que contribuye a su esplendor, y les hace dignos de ser bien vistos y considerados. Aunque bien es cierto que yo, a pesar de toda esa pompa, me estimo y con razón más importante que toda esa gente, que al fin y al cabo en realidad no son más que unos esclavos, dado que incluso entre los más grandes, no hay ni uno como nosotros, que sea un hombre noble de nacimiento. El primer visir sobresalía de entre todos los demás. Al que yo vi en esta ocasión se llamaba Nasuh Bassa, yerno del Gran Señor, y marchaba el último, con un séquito tan numeroso como el anterior y desfilando con grave talante y él solo; era un hombre bastante alto y fuerte, al menos por lo que se le podía juzgar al verle a caballo; de barba negra y mirada seria, el resto de sus rasgos denotaban una ruda fisionomía, que reflejaba la crueldad de su alma, algo que le hacía aún más temido que amado por el pueblo. Todos los cargos y todas las funciones, tanto del ejército, como de la Corte, y de otro tipo de gente, tienen sus propias vestimentas; sobre todo se les reconoce por la forma en que



Descripción del atuendo de los capitanes de los jenízaros.

se cubren la cabeza, tocado por el que se sabe cuál es su trabajo. De todos los que vi, los que más me gustaron de entre sus diferentes vestuarios, fueron los de los Sciorbagis, los capitanes de los Jenízaros, capitanes de a caballo, aunque sus soldados sean tropa de infantería. Llevan la cabeza cubierta con un bonete redondo en la parte baja, y rematado en todo lo alto por una punta que parece de oro o de plata en forma de casco, y con una especie de penacho de plumas de garza blanca; todo el conjunto bastante elegante, a pesar de las grotescas referencias que hacen de los antiguos caballeros, que describen los romanos. No me voy a entretener en aburrirlos más con estas peculiaridades,

porque a mi regreso os prometo que llevaré a Roma un libro, que ya he encargado, con todos estos uniformes pintados, y en donde se podrán apreciar los diversos uniformes y ropajes de hombres y mujeres de toda condición que se ven en esta ciudad, y aunque no sea ejecutado por unas manos excelentes, sino por las de los turcos, que solo consiguen pintar bien vasijas y cuenco, creo que para copiar unas vestimentas serán suficientes para permitirme que las vuelvan a reproducir bien en Italia.

También he ido, hace ya tiempo, a un orfebre para ver una cimitarra que ese Nazuh Bassa, el primer visir del que ya os he hablado, había mandado hacer a este hombre, para regalársela al Gran Señor. La vaina y la guarda eran de oro puro, pero se veía poco el oro y casi nada en la parte de afuera, por la cantidad de diamantes que habían colocado. En el lugar de la empuñadura, había un rubí enorme, que podría valer bien unos 800 escudos, y según me dijo, toda la espada estaría valorada en unos 35 000 cequíes, o ducados venecianos; pero el acabado era muy basto, y los diamantes los habían colocado sin orden alguno, y sin otro deseo que el de rellenar únicamente toda la superficie; con una gran desigualdad entre ellos; unos blancuzcos, otros mellados, algunos rotos, y muchos defectuosos. En fin, que toda la obra, aunque haya sido elaborada por las manos de un cristiano de nuestra Europa, sea de Alemania, o de donde quiera que fuese, es de una factoría bastante mala, y para una pieza de esta importancia, y de un precio tan elevado, lo habrían podido hacer muchísimo mejor en nuestro país. Junto a esta espada o cimitarra, este primer Visir debía entregar como presente a Su Alteza un bello puñal a su gusto, una rica silla para su cabalgadura, con una brida más o menos parecida al resto de las demás cosas; es decir, trabajada del mismo modo. Grosso modo hay que señalar que todo el conjunto debía costar alrededor de 120 000 cequíes; además este tipo de regalos son como una obligación que tienen que cumplir frecuentemente, con lo que vos mismo podréis juzgar cuánto necesitan exprimir al pueblo para poder sostener tales excesos.

Sobre una espada de un elevado precio.

El primer visir hace regalos al Gran Señor.

Los turcos son admirables en las labores de aguja.

A propósito de esto, no quisiera olvidar decirnos que la gente de este país, y sobre todo los turcos, a los que no se les permite hacer imágenes, no tienen esta práctica, y son unos inútiles para cualquier cosa artística; bien se trate de dibujo, escultura, pintura u orfebrería, pues se ocupan sobre todo en fundir, cincelar, y marcar con el buril figuras humanas y otros detalles, cuyas técnicas ignoran totalmente, si se les compara con nuestros artesanos; en cambio, los turcos no solo igualan a nuestros trabajadores y artesanos que dependen menos de la inspiración y que se vanaglorian de su excelencia, sino que los sobrepasan con mucho; tal es el caso, por ejemplo, de los sastres cosiendo y ajustando a la perfección todo tipo de telas para trajes, y las mujeres, por el estupendo trabajo con el lino y otras labores que hacen también con seda de diversos colores y reversibles, que parecen lo mismo por ambos lados;

incluso con hilo de oro y de plata sobre organzas blancas, muy delicadas y transparentes, y en algunas telas, este oro de distintas tonalidades, combina tan bien sus brillos y sus sombras, que da la impresión que pasan de ser oscuros a resplandecientes, mezclándose de la manera más hermosa posible. Me llevo algunas piezas de éstas; unas compradas, y otras, que me han regalado, y os aseguro que nuestras Damas de Roma las acogerán, no con simple agrado, sino con admiración. También trabajan los turcos de forma excelente el cuero: zapatos, botas, botines, así como lomos y cubiertas de libros, que adornan con finos panes de oro, y sobre todo de un bello azul ultramar, con orlas vegetales y ornamentos a su gusto, y la cubierta la rematan con marquetería muy abigarrada por fuera; la mayoría, me imagino, hecha con moldes de hierro.

Tejen unas telas de una forma muy especial.

La miniatura tampoco la trabajan mal, aunque solo diseñan adornos vegetales, flores y otros objetos inanimados, lo único que se les permite pintar. También tienen ciertos tejidos que no se pueden pasar por alto, aunque los de Salónica, que ya he adquirido, sean estimados como mucho mejores. Estas telas las tejen de manera que presentan un lado más grueso que el otro: la parte que ha de quedar más próxima a la piel del cuerpo, y lo hacen con el mismo hilo que dejan largo y espeso, por un lado, más o menos como nuestras toallas de casa. Este tipo de tejido lo fabrican de diversos tamaños, y algunas camisolas o jubones de los que se abren por delante, y con mangas anchas para ponerse sobre la piel desnuda cuando se sale del baño, de modo que al quedar la parte gruesa y mullida pegada al cuerpo, éste queda agradable y cómodamente seco, y desde luego hay que reconocer que es un invento excelente para este uso, incluso para las Damas, cuando se lavan la cabeza, y pienso yo que es digno de ser imitado en nuestro país; así que he pedido que me hicieran unas cuantas piezas exprofeso para llevármelas a casa. Pero, de todas las cosas de los turcos, lo que más me ha agradado con diferencia es la división de sus bazares por oficios, distribuidos en numerosas tiendas, unas junto a otras, y que podríamos comparar a la “Sellerie”, de Nápoles. Todos los que trabajan en los comercios de una misma calle o zona realizan el mismo oficio.

También son muy hábiles guarnicioneros.

También son muy diestros guarnicioneros; fabrican unas sillas de montar y arneses rematados con fina seda sobre cuero respunteado de colores variados, de tal modo que no se puede pedir nada mejor. Al contemplar estas preciosas labores me ha venido a la memoria que, en Roma, el cardenal de Este, hace algunos años, tenía una silla de montar muy parecida, que una vez tuve a mi disposición para servirme de ella durante el carnaval.

Hacen recipientes de muy diversas formas.

Por cierto, también se hacen muchos jarrones de cuero de variadas formas; unos para el servicio, y otros para adorno; algunos están cosidos primorosamente con una fina seda o respuntes multicolores, como los vasos para bebidas, y para mil y un usos. Hay otros que no

van cosidos, sino que los hacen con moldes; unos en forma de cantarillas para líquidos, y otros que solo los utilizan para adornar las mesas, y que se parecen a los de nuestros altares y baños. También los hay en forma de aguamanil, y de frasco del tipo romano, como los que usamos antes y después de la comida, y de muchas otras bonitas formas y de abigarrados colores, adornados con oro y miniaturas vegetales que representan mil escenas de una belleza extraordinaria, y que me han despertado la curiosidad de ir a ver con frecuencia a los obreros en sus talleres.

Descripción de una obra que el Gran Señor ha mandado hacer sobre el mar en la zona de Pera.

Además, en estos días he visto al pasar una obra de ingeniería digna de mención: un lugar sobre el Mar en el canal que va al Mar Negro por la parte europea, un poco más allá de Pera; allí en donde la tierra, haciendo una especie de arco que empieza desde el interior, forma un pequeño golfo que recibe en su seno una buena cantidad de agua del mar que descarga allí a una considerable profundidad. En ese mismo sitio, el Gran Señor tiene una casa de campo adonde suele venir a descansar, y como el terreno forma un codo para dejar al agua discurrir libremente, lo que impide tener a ese pequeño palacio un espacio razonable para servirle de plaza de entrada, pues al Gran Señor se le ha ocurrido rellenar todo ese brazo de mar para levantar delante de su mansión una esplanada bastante amplia y capaz de dar cabida a la multitud de jinetes que deben acompañarle en estas ocasiones. Desde allí, desde lo alto de los balcones, la caballería más selecta de su Corte hace diversos caracoleos y cabriolas, y juegan a lo que llaman “las cañas”, deporte en el que se ejercitan durante todo el día; bien sea por pasar el tiempo, bien para aprender a manejar un caballo con unas cañas pequeñas, que no les dan muy buen servicio, y que cortan y arrancan de los árboles de por allí, no usando las cañas como las utilizamos nosotros. Así que, para hacer esa plaza han construido de un lado del brazo hasta el otro una gruesa empalizada con grandes postes, rellenando todo el interior con la tierra y piedras recogidas de las colinas cercanas que han aplanado, consiguiendo, como se suele decir, matar dos pájaros de un tiro. Al exterior de esta empalizada, en el agua, arrojan todo tipo de piedras gruesas, para romper el furor de las olas del mar, que podrían causar algunos estragos; pero yo dudo mucho que con esto puedan conseguir algo, ya que el mar en esta parte es muy profundo, y como las tempestades son muy violentas durante el invierno, estoy casi seguro de que, a pesar de todos esos obstáculos que han puesto, cualquier día desbaratará todo ese tinglado, igual que sucedió en Nápoles con el rompeolas construido cerca del astillero, y eso que su estructura era mucho más sólida y mejor construida que la de aquí.

En esos trabajos se utiliza a todos los vagabundos de la ciudad.

Los turcos trabajan en este lugar con todas sus fuerzas, y a este efecto, se envían allí a todos los vagabundos de la ciudad, además de un buen número de gente de la burguesía turca y cristiana que, todos los días se ocupa, por turnos, según la distribución de los barrios. Para

realizar esos trabajos se obliga a ir a todo el populacho a la fuerza, si no lo hacen de buen grado, y se les da una paga justa por cada jornada; hay incluso personas importantes que van sin que les llamen, solo por agradar a su soberano. Se les entrega un bastón de mando y una buena paga a los que presentan mejor aspecto, y se ponen a sus órdenes a cien hombres, a los que hacen trabajar a bastonazos si es necesario. No sé muy bien el éxito que haya podido tener este negocio, porque yo no he vuelto allí después; así que voy a abandonar ahora este asunto para contaros otras peculiaridades que me quedan por describir...



Próxima entrega: I.2.06 – Constantinopla: los derviches de Pèra y sus costumbres.